

pre bajo la misma soberanía, en el culto de la misma religion santa, que profesamos y prometemos defender;

"4º Que, en el caso de rendirse, no se seguirá extorción ni perjuicio alguno á ninguna de las persona que tuviesen ó hayan tenido parte en la traición que, contra la religion y la patria, se meditaba; pero que sí deberán dar caución todos los europeos de sus personas y haciendas, mientras llegan los comprobantes, y se averigua quién es inocente y quién es reo.

"5º Que en el caso de resistir y dar lugar á que se tome por las armas, á pesar de la inteligencia de estas capitulaciones, el Comandante americano hace responsables á todos cuantos tuvieren parte en esta resistencia, de cuanto sangre se derrame, de cuantos perjuicios se sigan á los inocentes y de cuantas violencias se ejecuten con los culpables, y que los cargos de esta responsabilidad los deberán absolver ante la soberanía, cuyos derechos, léjos de invadir, defienden.

"Y estando ambos de acuerdo sobre lo arriba expresado, lo firmaron en este cuartel de las armas americanas del poniente, en el lugar de la Puerta y sitio de S. Blás, Noviembre 29 de 1810.—*José María Mercado.*—*Agustin Bocalan.*"

Calleja profundamente disgustado por haberse rendido el comandante de marina del puerto de San Blas D. José Lavayén, mandó formarle causa é hizo que el administrador de Correos de la capital de Nueva Galicia (Guadalajara) D. Vicente Garro, que fué testigo de la rendición del referido comandante diese el siguiente

INFORME.

Un terreno que domina el único punto por donde puede ser atacado por tierra: una proporcion para aislarle con facilidad, por la comunicacion de los exterios: un castillo respetable con doce cañones de á veinticuatro, que defiende el puerto y puede tambien arruinar la villa: cuatro baterías en ella, y en el mar una fragata, dos bergantines, una goleta y dos lanchas cañoneras: una segura esperanza de que diese fondo, de un dia á otro, la fragata *Princesa* y la goleta *San José*, con harinas: seiscientas ó setecientas cargas de éstas, existentes en la plaza: igual número, con corta diferencia, de arrobas de queso: mas de mil fanegas de maíz: de ciento cincuenta á doscientas reses, y facilidad de traer por mar, en corto tiempo, de las *Bocas*, *Guaimas* y *Mazatlan*, la carne, harina y reales necesarios: abundantes pozos de agua en el recinto de la villa: trescientos hombres de marina, doscientos de maestranza, y mas de trescientos europeos armados y dispuestos como aquellos, á defenderse: ciento y tantas piezas de artillería de todos calibres y dotadas cuarenta de ellas, con sus correspondientes municiones, y ocho ó nueve oficiales de marina. Este Sr. General era el verdadero estado en que se hallaba el puerto de San Blas, en 1º de Diciembre de 1810, cuando, sin haber disparado un solo tiro para su defensa, se rindió vergonzosamente á unas muy malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas, manejadas muchas de ellas, por los extremos de la naturaleza, pues todos vimos, con el mayor sentimiento, cuando entró el desordenado y no crecido ejército de *Mercado*, venir en él bastantes sexagenarios y no pocos muchachos de escuela.

«A éstos y á aquellos, Sr. General, se rindió el Gibraltar de esta América, atendida la impericia y desorden del ejército que lo atacó, compuesto de unos cuantos lanceros y mayor número de indios inexpertos, que habrían encontrado su ruina si cualquiera de las baterías de la plaza, al acometerla, les hubiera hecho fuego, que sin duda habría destruido á *Mercado*, su infame chusma y su quijotesco proyecto que, atendidas todas las circunstancias, estaba muy fuera de lo posible el que lo hubiera realizado, si la cobardía (principal agente) no se le hubiera facilitado en los siguientes términos:

«El día 28 de Noviembre del próximo año pasado, se sorprendió, por una de las avanzadas de *Mercado*, un correo (con la carta de la copia núm. 1, que ya inserté), á la que se le contestó con la del segundo, brindándose para ello, el antiguo alférez de fragata D. Agustin Bocalan (aquí entra la desgracia), para pasar á parlamentar al campo enemigo, que se hallaba situado en el *puesto de la Puerta*, á dos y media ó tres leguas de la plaza, sin mas artillería que seis cañones que nos habian tomado en el pueblo de Tepic.

«Accedióse por el comandante de San Blas, á que en clase de parlamentario pasase el indicado alférez de fragata, al campo de los rebeldes, en el que, con motivo de haber llegado á *Mercado* la noticia de que Hidalgo le habia nombrado comandante de la division del Poniente, se le saludó á las cinco de la mañana del 30 del próximo pasado Noviembre, con una salva. Este estruendo fué el único que se oyó, para la toma de la plaza, y esto con la *hiperbólica* que hizo Bocalan á su regreso del campo, abrevió sin duda la rendicion de un punto de tanto interés por todas sus circunstancias.

«Vuesencia sabe, Sr. General, que el valor de una entrega ó derrota se calcula de dos maneras, siendo acaso la menor el perjuicio de lo primero, comparado con lo que le siga despues por consecuencia.

«¿Cuáles y qué funestos han podido ser los de la vergonzosa entrega de San Blas? V. S. los ha tenido á la vista en la memorable jornada de *Calderon*, en donde tuvo á su frente el respetable tren de artillería que vino de aquel puerto para destruir el pequeño ejército real, que habia perecido, si á aquel Vesubio no le hubiese puesto V. S. sus acreditados conocimientos militares, y el invencible ardor y fidelidad del corto número de sus valientes soldados, que pudieron haber quedado tendidos en el campo de batalla, por las mismas armas que tan vergonzosamente entregaron sus hermanos en aquella rendida plaza.

«Esta capituló, como V. S. lo advertirá por la copia tercera, en los términos que ella expresa; pero lo verificó sin haber disparado mas tiros que los vergonzosos que se emplearon en el saludo que se hizo cuando entró en ella el despreciable *Mercado*, escoltado de una indecente chusma, que *Bocalan* la hacia subir, en el campo, á tres ó cuatro tantos mas de la que se vió entrar, que no pasaba de dos á tres mil indios y algunos pocos cientos de lanceros de á caballo; siendo así, que el comisionado *Bocalan*, aseguraba, á su vuelta del campo enemigo, que, además de la fuerza que en él existia, esperaban muy breve, refuerzo de mucha consideracion.

«En las fuerzas del comandante de San Blas, obró tanto la abultada relacion del enviado que, creyéndola veraz, se persuadió no poder mantener la plaza y, por tal principio, se precipitó la entrega de ella á la despreciable fuerza que la intimaba, bajo las condiciones acordadas entre *Ba-*

calan y Mercado, que acaso pudo interesar al primero, con la promesa de respetar su pequeño rancho y algunos bienes suyos que tenía en su poder; causa, en el concepto de muchos (y no infundada), para creer que la villa fué sacrificada al vil interés de la conveniencia, haciendo víctima de ella al honrado comandante, que tuvo la desgracia de dejarse alucinar de su enviado, que lo ha expuesto á que la lijereza mundana le haya hecho la atroz calumnia de suponer que la plaza fué vendida. No, señor, está muy distante aquel comandante, que no tuvo otro defecto que el de elegir tan mal negociador, rodeándole tambien, por desgracia, en la junta de guerra que formó para la entrega, vocales que tenían mas miedo que yo á las balas, pues el temor de las que pudieron tocarme, no me embarazó para que me presentara á aquel jefe con mis armas, á efecto de que me destinara, como lo hizo, en el punto que ocupaban los dos cañones que tenía al frente de su casa.

«En este estado de cosas comprendimos, la mayor parte de los europeos que se trataba de entregar la villa, y esto bastó para que la abandonasen, retirándose á los buques en franquía, en la madrugada del mismo aciago día en que dieron vela, y fué entregada, con el dolor de los que nos quedamos en tierra á sufrir los abatimientos mas viles, y riesgos inevitables de perecer al golpe de la ensangrentada espada del carnívoro Hidalgo, que ha sacrificado la mayor parte de aquellas víctimas que se refugiaron en San Blás, como tan seguro asilo de su desgracia.

«No dejó de ser parte muy eficaz, el que con tanta anticipacion se hubiese puesto en guarda el Ilustrísimo Sr. Obispo de esta diócesis, que intimidado tanto como los que debían manejar la espada, se acogió á bordo del bergantín *San Carlos*, acaso en unos momentos en que con su

respetable carácter y oportunas persuaciones, pudo evitar la rendicion inoportuna de la plaza, que siempre hará sombra muy desagradable al honor de aquellos que de algun modo contribuyeron á que se verificara, ya por cobardía ó ignorancia.

«El resultado de la mia en esta materia, podía ser causa de que no haya podido explicarme en ella, con los conocimientos que el asunto demanda; pero mi objeto no ha sido otro, ni lo será jamás, que el de obedecer las superiores órdenes de V. S., en el modo y términos que me lo permitan las circunstancias.

«Dios guarde á V. S. muchos años.—Guadalajara, 8 de Febrero de 1811.—Señor General.—*Vicente Garro*.—Señor General de ejército de operaciones, D. Félix Calleja.»

OBSERVACIONES.

No debiera llamar mucho la atención del lector, la facilidad con que el brigadier Torres tomó la capital de Nueva Galicia, si tiene presente que, con esa misma facilidad, hizo su movimiento Hidalgo en Dolores, pasando despues á San Miguel el Grande, á Celaya, á Valladolid; haciendo igual cosa otros jefes en las provincias de Zacatecas, San Luis y en otra multitud de poblaciones; prueba evidente de que el sentimiento de independenciam en sus habitantes se habia desarrollado vigorosamente. El gobierno colonial, confiado en sus títulos de posesion de casi trescientos años, creía que ésta era la mayor arma que debería esgrimir contra aquellos que deseaban construirse y formar una na-

cion independiente de la Metrópoli. Solo de esta manera puede explicarse la verdadera incuria, el verdadero abandono en que todos los intendentes estaban, respecto á no estar preparados, con las fuerzas y elementos necesarios de guerra, para sofocar en su cuna, cualquier movimiento que tendiese á trastornar el órden establecido; siendo de evitar que esta reaccion, comenzó á anunciarse con bastante anticipacion.

Con la ocupacion del puerto de San Blás por los independientes al mando del presbítero D. José María Mercado, vino á quedar á disposicion de Hidalgo, todo el reino de Nueva Galicia, adquisicion de gran valía por sus inmensos recursos; conquista que, si no dió los resultados que eran de esperarse, fué debido á la rapidez con que se sucedieron acontecimientos de gran importancia, que vinieron á comprometer y á colocar en penosa situacion al ejército independiente, y cuyos pormenores, muy pronto tendré oportunidad de referir.

La toma del puerto de San Blás, por el brigadier Mercado, es uno de aquellos sucesos que solo pueden explicarse por la ineptitud y nulidad de su jefe Lavayén. Por el informe que rindió D. Vicente Garro, administrador de correos de Guadalajara, y que se encontraba en San Blás, al capitular y entregarse este puerto á los independientes, se ven los muchos elementos de guerra con que se contaba para defenderlo y sostener un sitio por algun tiempo.

La habilidad del brigadier Mercado, para ostentar un poder que no tenia, haciendo mencion de grandes fuerzas, de muchos elementos de guerra, del extraordinario valor de sus soldados y del torrente de sangre que se derramaria, si se hacia la mas lijera resistencia, haciendo recaer toda la responsabilidad de las desgracias que hubiese, en

el comandante del Puerto, revelan en el brigadier Mercado, dotes militares.

No es exacto que el comandante Lavayén se hubiese vendido al enemigo, entregando el Puerto; falta y muy grande, cometió rindiéndose de una manera tan vergonzosa, sin haber disparado un solo tiro, ni haber hecho la mas lijera resistencia, ni aún siquiera haberse informado de una manera cierta, de los elementos y recursos con que contaba el enemigo. Mucho contribuyó á esta vergonzosa rendicion, la conducta pusilánime del Obispo Cabañas, oidor coronel Recacho y Alva, y otros varios personajes que se habian refugiado á aquel puerto, porque en el momento que tuvieron noticia de la intimacion que habia dirigido el brigadier Mercado al comandante Lavayén, inmediatamente se pusieron á salvo, embarcándose en el bergantin San Carlos y dándose á la vela para Acapulco.

En el año siguiente, el Virey Venegas, dispuso se le formase consejo de guerra á Lavayén, para depurar la conducta de este comandante de Marina; se procedió á él y despues de largos trámites, salió absuelto, debido, segun se dice, á la grande influencia de D. Andrés de Mendivil (que era su suegro). La contestacion que dió Lavayén al brigadier Mercado, deberia haber servido de *auto cabeza del proceso*; en ella dice, que la plaza y todo cuanto en ella habia, era propiedad del Rey Fernando VII. y que en consecuencia, él, como su representante, tenia la estrecha obligacion de defenderla, y no obstante de que conocia su deber, no cumplió. El preguntar á Mercado, por qué estaba levantada en masa la nacion, es verdaderamente ridiculo y prueba sus pocos alcances. ¿Podia ignorar Lavayén todo lo que habia sucedido, cuando á él se habian refugiado el Obispo Cabañas, parte de la Audiencia y multi-

tud de españoles, y que todos iban huyendo y tenían convicción de cuanto había ocurrido? Estas son disculpas que, léjos de disminuir el delito, lo aumentan. La conducta que observó en aquellos momentos el alférez de marina Don Agustín Bocalan, no merece el ocuparse de ella.

En consecuencia de los arreglos hechos por el brigadier Mercado y el alférez Bocalan en representación de Lavayén, entró y ocupó el primero el puerto de San Blas, sin haber tenido lugar ningun desorden ó desgracia. Cumpliendo con las órdenes que el brigadier Torres dió á Mercado, en el acto hizo marchar para Guadalajara toda la artillería que encontró en buen estado en el puerto, unida á la de Tepic, empresa verdaderamente difícil en aquellos tiempos, porque los caminos eran casi intransitables, y mas aún con barrancas como las que se encuentran en el trayecto de Guadalajara á aquel puerto. Yo he visto y aún creo que se conserva en el punto llamado el *Portezuelo*, en esas barrancas, una pieza de grueso calibre, que dejaron allí abandonada los independientes por no haberla podido conducir.

Altamente satisfactorio es para mí ver que el juicio que he formado del ilustre caudillo de Dolores, lo veo confirmado y apoyado en cada nuevo documento que registro; véase el último que acabo de insertar, las instrucciones reservadas que en nombre de Hidalgo dió el brigadier Torres al comandante Mercado, en él se le dice terminantemente.

☞ *También digo á vd. que las haciendas y casas de los europeos no consientan en ellas ningun saqueo.* ☞ Los historiadores que me han precedido, tanto liberales como conservadores verían estos documentos y otros que irá dando á luz? creo que no, porque solo de esta manera

pueden comprenderse que no hayan hecho mencion de ellos, dejando pasar desapercibidas las infames calumnias con que se pretende manchar la memoria del ilustre fundador de nuestra independencia.

Habiendo dado conocimiento al lector del modo con que se tomó la capital de Nueva Galicia y del triunfo obtenido en la batalla de Zacoalco y de la rendición del puerto de San Blas, necesario juzgo volvamos á la provincia de Valladolid en donde hemos dejado á Hidalgo, para acompañarlo en su marcha á Nueva Galicia; é informar al lector de los movimientos del capitán general Allende, así como de las dispersiones y marcha del brigadier Calleja; todo lo que será objeto del próximo capítulo.